

La falta de liderazgo alternativo

La felicidad de la República nunca será realidad si no producimos riqueza y la redistribuimos socialmente. Esta es una asignatura pendiente de todo el siglo XX venezolano. La modernidad producida ha sido un fracaso porque no nos hemos convertido en pueblo productor, hemos sido rentistas y seguimos siendo rentistas. La tarea de convertirnos en un pueblo próspero económicamente es una delicada operación cultural, educativa, de apoyo social, de liderazgo político e institucional y de creación de oportunidades con la anuencia y apoyo del capital. Es una tarea de esfuerzo que ningún líder nos va a ahorrar.

Por otra parte, un proyecto político sustentado sólo en el carisma de un gran líder y su respaldo popular, como fuente de legitimidad y de optimismo en el futuro, hacen que tenga los pies de barro. La fuerza de un proyecto político reside en su capacidad de comprometer realmente las fuerzas vivas del país con él. Reside también en su fortaleza institucional y en la riqueza y bienestar que es capaz de brindar a las mayorías. Sólo así es capaz de estar en capacidad de responder a las adversidades que siempre están a la orden del día.

Hay una tarea histórica

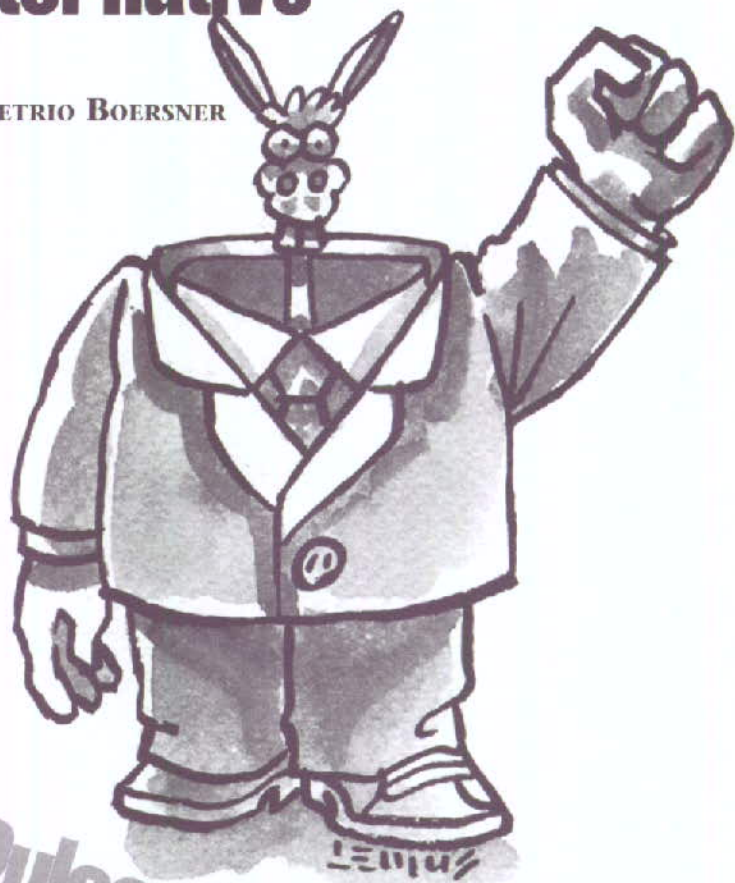
Todo lo anterior nos pone ante la evidencia de un gran reto que debemos enfrentar. Es urgente y prioritario desarrollar en el país la construcción de una cultura política que permita avanzar efectivamente hacia el desarrollo, tanto en los gobernantes, las burocracias del Estado y en los gobernados. Una cultura política sustentada en la participación responsable, en el esfuerzo compartido, en la capacidad ciudadana de actuar como interlocutor del Estado, en la conciencia de pertenencia a un cuerpo social complejo y en evolución, etc. Es necesario crear la República como el ámbito en el que bajo la conducción del Estado y las leyes se orienta y construye la vida en común. Es necesario crear la democracia como un modo de vida sustentado en convicciones profundas, métodos y procedimientos formales. Chávez pudiera ser un gran civilizador de esa cultura, por su liderazgo y la identificación recíproca que existe entre él y la gente. Pero hay un precio que pagar al que debe estar dispuesto: renunciar al manejo fácil de las masas como estrategia de sustentación del poder.

JOSÉ VIRTUOSO, S.J.

POLÍTÓLOGO

MIEMBRO DEL CONSEJO DE REDACCIÓN DE SIC

DEMETRIO BOERSNER



Pulsando al país

La Venezuela de 2001 carece de opciones de liderazgo alternativo, tanto en el campo gobernante, como en el campo opositor. El régimen, y el indefinido "proceso" de cambio que pretende conducir, aparecen personalizados en la figura del líder carismático que, cada día más, concentra en sus manos el ejercicio de todos los poderes. A su lado no se asoman hasta el momento presente, hombres o mujeres vestidos de autoridad y credibilidad comparables, o siquiera suficientes para asegurar un eventual reemplazo o sucesión.

En el campo de la oposición, numerosas personalidades muestran dotes de inteligencia y el coraje civil en la crítica al régimen. Asimismo se han dado intentos –hasta ahora débiles y parciales– de aglutinar fuerzas sociales y políticas inconformes, para formar frentes o movimientos que paulatinamente puedan constituir contrapesos al poder gubernamental y posibles alternativas para su ejercicio en el futuro.

Sin embargo, hasta el presente, ninguna de las personas que se perfilan en actividades opositoras ha logrado llenar a cabalidad los requisitos imprescindibles para su reconocimiento como líder nacional claramente definido, convincente y confiable. Quien más se acercó a la condición de líder nacional alternativo fue, en un momento dado, Francisco Arias Cárdenas, pero su silencio y sus aparentes vacilaciones e indecisiones después de la justa comicial del 30 de julio del 2000 causaron una seria erosión de su prestigio ante importantes sectores del país. El dirigente popular que hoy se perfila más como líder en el auténtico sentido de la palabra es el señor Carlos Ortega, presidente de la Federación de Trabajadores Petroleros. Los demás cabezas visibles de una oposición amplia pero difusa carecen de la firmeza doctrinaria y de la claridad estratégica y táctica necesarias para convencer y movilizar al pueblo opositor.

En materia de firmeza doctrinaria e ideológica, tanto en el gobierno como la oposición, muestran una debilidad extrema. Hasta el día de hoy, el presidente Chávez ha sido incapaz de definir su "proyecto", y el presunto "proceso" en que se plasma, en términos medianamente claros e inteligibles. Quienes poseemos conocimientos históricos y manejamos las herramientas de análisis analógico, intuimos que el "proyecto" se enmarca dentro de la categoría definida por Ramón J. Velásquez como "socialismo militar latinoamericano", con insumos populistas, marxistas y fascistoides, pero jamás el propio Chávez ni sus más inteligentes ministros (Miquilena y Rangel) han intentado confirmar o desmentir esa identificación tan básica y necesaria.

Indefinición ideológica

Del mismo modo la oposición se debate en la indefinición ideológica más decepcionante y en un pragmatismo excesivo. Es cierto, y hay que reconocerlo: el Frente de Resistencia Civil ha definido como plataforma democrática y civilista mínima, que invita a la unión de corrientes variadas para el rechazo a la tendencia autoritaria y el retorno a un pluralismo garante de libertades. Por su parte, Izquierda Democrática y el Voluntariado de Arias Cárdenas se han unido y en breve anunciarán su fusión como movimiento político democrático y social, ubicado a la izquierda del centro. Junto con el movimiento democrático que, al mismo tiempo, propicia el notable dirigente socialcristiano Eduardo Fernández, la iniciativa de ID y Arias podría llegar, paulatinamente, a llenar el espacio de la oposición con algunas bases de sustentación doctrinarias.

En lo referente a una estrategia y a la definición de opciones tácticas claras (¿con quién y contra quién estamos?, y ¿con quiénes debemos andar juntos, por lo menos parte del camino?), el presidente Chávez ciertamente está más claro que la oposición a su gobierno. La estrategia y la táctica chavista están afinadas hasta el punto de que han invertido el orden clásico de las etapas de lucha postuladas por el marxismo: en vez de una alianza táctica con la burguesía nacional contra el imperialismo, se ha puesto en práctica una línea de alianzas con el capital transnacional hegemónico para arrebatar el control de la producción privada a un empresariado nacional, percibido como obstáculo al poder absoluto del trío líder-ejército-"pueblo".

En cambio, la mayoría de los voceros de la oposición se ufanan en extremar la "flexibilidad" hasta el punto de no aclarar ni principios fundamentales, ni estrategias a largo plazo o mediano plazo (¿cuál es la Venezuela que queremos en lugar de la presente? ¿Con quién y contra quién estamos?).

Esta crisis de liderazgo, anclada en la definición doctrinaria y estratégica y en un pragmatismo que tiene mucho de oportunista, tiene hondas raíces sociohistóricas tanto nacionales como mundiales.

En el plano nacional, el capitalismo de Estado petrolero, con sus efectos rentistas y propicios al facilismo importador más bien que al esfuerzo productor interno, ha frenado el desarrollo de una auténtica burguesía industrial nativa, parecida a las que existen en Brasil y en Colombia. El empresariado venezolano en su conjunto —sin desconocer los méritos de algunas extraordinarias individualidades en su seno— no posee la cohesión suficiente para servir de baluarte promotor de un desarrollo nacional autónomo y democrático, capaz de generar impulsos políticos efectivos en defensa de sus intereses y de los de la clase media. Dueños de recursos financieros móviles más bien que de medios de producción fijos en el territorio nacional, muchos venezolanos pudientes y capaces prefieren la fuga a la resistencia y, con ello, debilitan el acervo de posibles liderazgos opositoras. A ese factor se añade, evidentemente, la tradición histórica venezolana del ágil acomodo de muchos adinerados a los avatares del poder político cambiante, a la manera del marqués de Casa León.

Los trabajadores y las capas medias

Los trabajadores y las capas medias asalariadas amenazados por las medidas antisindicales y antigremiales del gobierno, por su parte, no han logrado todavía generar liderazgos opositoristas significativos –con excepción, lo reiteramos, del caso de Carlos Ortega–, por efecto del ablandamiento al que estuvieron sometidos durante los últimos veinte años de la llamada Cuarta República. La costumbre –de por sí altamente positiva e indicativa de madurez democrática– de negociar las controversias sociales y políticas en lugar de recurrir a medidas conflictivas, hizo que dirigentes sindicales y gremiales perdiesen la disposición y la capacidad de asumir liderazgos riesgosos. Además, para muchas personas vinculadas a los movimientos populares de la democracia venezolana y sinceramente apegadas a ideales de equidad social y de gobierno participativo, todavía resulta difícil discernir en toda su plenitud la falsedad de la prédica “revolucionaria” chavista, y aceptar el hecho de que para combatir la amenaza de una dictadura bonapartista, es necesario la alianza táctica o transitoria hasta con elementos democráticos conservadores o neoliberales.

Un hecho que desalienta objetivamente el surgimiento de liderazgos claros y efectivos es, por otra parte, la exigencia en el país de una enorme proporción de trabajadores informales carentes de organización y orientación clásica y ciudadana. No se trata de una masa “marginal”, ni mucho menos del “lumpenproletariado” tan despreciado por Carlos Marx, pero sí de un sector popular con serios problemas objetivos y subjetivos para adquirir una clara visión de su situación y de la del país. A lo largo de la historia universal de los siglos diecinueve y veinte, los trabajadores dispersos han sido las víctimas fáciles y vulnerables del engaño bonapartista, y su situación se refleja en el resto de la población, sus actitudes pro-régimen impresionan y amedrentan a los opositoristas timoratos, y de modo general desfavorece el surgimiento de liderazgos críticos vigorosos.

Por último, existen obstáculos al liderazgo, ya no de orden nacional sino de raigambre universal. No tan sólo desde la caída del muro de Berlín, sino a partir del reflujo anímico hacia la apatía y el hedonismo que siguió a la inmensa oleada de esperanzas utopistas de los años 1967 a 1969, las ideologías políticas se encuentran en crisis y en descrédito. No solamente por efecto de un cansancio ideológico de las masas, y de la creciente revelación del desfase entre las ideologías y la “política real” a veces sucia, sino también por un consciente y concertado esfuerzo propagandístico de los estrategas de la globalización y del neoliberalismo, se fue creando en el mundo entero

un ambiente de profunda desconfianza en el Estado, la política y los políticos. La globalización exige el debilitamiento de los Estados Nacionales y hasta de las uniones supranacionales de carácter regional. Requiere la erosión de las solidaridades sociales y la atomización de la colectividad en individuos obedientes a los estímulos paradigmáticos. En su nombre se quiere cercenar la memoria histórica del ser humano y sus vínculos con un pasado histórico humanista mediante la noción de una presunta fractura entre lo “moderno” y lo “post-moderno”. Venezuela, al igual que las demás naciones, desarrolladas o en desarrollo, ha sido afectada por esa oleada antipolítica y anti-ideológica mundial y, con ello, ha perdido la fuente más esencial del liderazgo, que es la convicción doctrinaria.

DEMETRIO BOERSNER

DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS. EXEMBRADOR DE VENEZUELA

Ninguna de las personas que se perfilan en actividades opositoristas ha logrado llenar a cabalidad los requisitos imprescindibles para su reconocimiento como líder nacional claramente definido, convincente y confiable.